

# Recordando el futuro de la Ciudad de México Testimonios orales de sus arquitectos, 1940-1990\*

GRACIELA DE GARAY\*\*

## Abstract

REMEMBERING THE FUTURE OF MEXICO CITY THROUGH THE ORAL TESTIMONIES OF ITS ARCHITECTS 1940-1990. *This work explores the possibilities of oral history to study urban memory. This article is based on interviews with architects about their professional experience in Mexico City over the second half of the 20th Century. In these testimonies the interviewees give meaning to their experience and the historian traces their social marks to interpret the past.*

**Key words:** oral history methodology, interview, memory, communication, experience lived, recollection, narrative, life story, meanings, architecture

## Resumen

*Este artículo muestra las posibilidades de la metodología de la historia oral para estudiar la memoria urbana, y se basa en entrevistas grabadas con arquitectos en torno a su práctica profesional en la Ciudad de México durante la segunda mitad del siglo xx. En sus narraciones, los sujetos atribuyen significado a las experiencias vividas y el historiador descubre huellas sociales para interpretar el pasado.*

**Palabras clave:** metodología de historia oral, entrevista, memoria, comunicación, experiencia vivida, recuerdo, narración, historia de vida, significados, arquitectura

...por momentos la barrera de smog y polvo salitroso de los lagos ya muertos permite ver –al entreabrirse una de las ventanas superiores– las escarpaciones y contrafuertes del Ajusco. Radiante a veces, pocas veces, y por lo general sombrío, tan lúgubre que con sólo mirarlo se explicarían [...] el pesimismo de quienes habitan la ciudad...

José Emilio Pacheco, *Morirás lejos*

## Introducción

¿Cómo se puede hablar de memoria urbana en una megaciudad<sup>1</sup> que por su conglomerada concentración espacial y aparente falta de reglas (véanse Navia y Zimmerman, 2004; Duhau y Giglia, 2008) se antoja incomprensible a propios y extraños? La complejidad socioespacial de la Zona Metropolitana de la Ciudad de

\* Artículo recibido el 19/10/09 y aceptado el 07/06/10.

\*\* Profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, Plaza Valentín Gómez Farías 12, col. San Juan Mixcoac, 03730 México, D.F. <ggaray@institutomora.edu.mx>.

<sup>1</sup> De acuerdo con las Naciones Unidas, las megaciudades o metrópolis son aquellas que cuentan con más de ocho millones de habitantes (cf. Lo y Yeung, 1998: 7, cit. en Garza, 2000a: 317). Cabe señalar que el Consejo Nacional de Población, en sus proyecciones de 2007, estimó una población de 8 191 899 habitantes para la Ciudad de México.

México<sup>2</sup> parece reflejar las apocalípticas imágenes que el escritor y poeta José Emilio Pacheco plasmó en *Morirás lejos* (1967), profética novela que caracteriza al Distrito Federal como una urbe en constante cambio, entre otras cosas, por la modernización y el crecimiento desmedido, transformaciones que marcan el fatal deterioro y final de su apariencia. La insistencia en la imagen de una ciudad arruinada también sugiere un sistema social en descomposición.<sup>3</sup>

Así las cosas ¿qué se puede decir, al principio del segundo milenio, sobre las consecuencias negativas de la globalización<sup>4</sup> y de la metropolización que vive la Ciudad de México? ¿Cómo reparar las identidades dañadas de los urbanitas amenazados por el fraccionamiento desmedido de la capital, producto del desbordamiento de la mancha urbana que impide el posicionamiento espacio-temporal de las experiencias vividas?

El hecho es que las visiones tenebrosas del futuro nunca intimidaron a los arquitectos modernistas y mucho menos a aquellos que aún se preguntan ¿cómo podremos vivir juntos? El arquitecto Mario Pani (1911-1993) murió diciendo que la Ciudad de México sí tenía remedio (de Garay, 2000). Si acaso esto es posible, que la transmisión de las memorias y expectativas de esos urbanistas pioneros sirva entonces a las generaciones siguientes para tender puentes entre pasado y futuro y, de este modo, actuar sobre el curso de la historia.

### Sobre la mirada y sus sentidos

A finales de la década de los sesenta sobrevino un cuestionamiento metodológico. La desaparición del paradigma estructuralista, como lo llama François Dosse, y sus interrelaciones con los sucesos de mayo de 1968 propiciaron el reconocimiento de la importancia de la dimensión vivida de la historia. Este cambio de perspectiva produjo una revolución en las ciencias humanas (Dosse, 2007: 234-235).

Hasta entonces, los individuos no pintaban como variable en el discurso científico o erudito. Se pensaba que incluir al sujeto dentro de la historia y otor-

garle una posición central en el relato correspondía a la literatura a través del género biográfico. Sobre todo si se considera que los testimonios y las historias de vida son narraciones subjetivas de experiencias vividas.

La identidad de los sujetos tomó así el lugar de las estructuras. La razón del sujeto, antes marginada por su carácter de ideología o falsa conciencia, ahora se hacía visible, dejaba de ser privada para hacerse pública y adquirir derechos. La historia oral, como metodología cualitativa de investigación histórica interesada en la memoria y el tiempo presente, devolvía la confianza a la primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política) para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada.

El concepto de visión como mirada social planteó, de entrada, un sujeto que ya no era un simple reflejo de las condiciones necesarias como afirmaban los supuestos objetivistas y los determinismos seudomaterialistas ni mucho menos un actor silenciado por la sociología positivista encargada de reducirlo a las leyes de la historia. Se reconoció entonces que el sujeto puede convertirse en actor y, a partir de su mirada, producir acciones que deriven en cambios sociales. La mirada dejó de ser un hecho natural porque, como dice el sociólogo Luis Enrique Alonso (2003: 20), “vemos lo que somos, queremos y podemos”. Se mira la sociedad desde la sociedad misma, y esto hace que nuestra percepción sea selectiva y, por ello, creativa (cf. Alonso, 2003: 17-20).

La vuelta del sujeto a la historia permitió a los investigadores afirmar que narración y experiencia se hallaban unidas al cuerpo y a la voz del testigo que había presenciado el pasado. Por tanto, era posible concluir que no hay testimonio sin experiencias, pero tampoco hay experiencias sin narración. El lenguaje liberaba a la experiencia del silencio, la redimía de su inmediatez o de su olvido y la hacía comunicable (común). La narración inscribía la experiencia en la dimensión del recuerdo que no es la temporalidad de su acontecer irrepitible o amenazado por el paso del tiempo. La narración fundaba otro tipo de temporalidad, que en cada variante o en cada repetición volvía a actualizarse (Sarilo, 2006: 29).

---

<sup>2</sup> La ZMCM, definida por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) para fines geoestadísticos, está conformada por 16 delegaciones del Distrito Federal y 34 municipios conurbados del Estado de México, ubicándose en el centro sur del Valle de México. El área estudiada abarca una superficie de 4 925 kilómetros cuadrados aproximadamente, de los cuales 1 484 corresponden al Distrito Federal y 3 441 a 34 municipios conurbados del Estado de México (INEGI, 1995). Es importante mencionar que los casi 5 000 kilómetros cuadrados representan 0.25 por ciento de la superficie total del país. La ZMCM estaba habitada en 2005 por 19 331 365 personas, casi 20 por ciento de la población total del país.

<sup>3</sup> Para un análisis de la novela véase Jiménez de Báez, Morán y Negrín (1979).

<sup>4</sup> Sobre las consecuencias económicas negativas de la globalización en cuanto al desempleo y al aumento de desigualdades del ingreso, cf. Cook y Kirkpatrick (1997: 56), cit. en Garza (2000a: 316).



A medida que se revaloraba la subjetividad rescatada en la entrevista de historia oral era posible hablar de las emociones, los temores y las fantasías que la memoria importaba al relato. Al mismo tiempo, la individualidad de las historias de vida dejaba de ser un obstáculo para la generalización y convertirse en una huella de lo colectivo. De esta manera, se hacía énfasis en la variedad de las experiencias de cada grupo social y, a la vez, se mostraba cómo cada individuo se apoyaba en una cultura común. Además se desafiaban dos aspectos centrales: por un lado, la rígida categorización de lo público y lo privado y, por otro, la idea de memoria y realidad (Samuel y Thompson, 1993: 2).

Formalizadas las nuevas propuestas teóricas, la historia oral, en cuanto metodología de investigación social de carácter cualitativo, se ocuparía de registrar esos testimonios subjetivos narrados en primera persona que se habían ganado el derecho de ser escuchados y creídos.

Alessandro Portelli distinguiría entonces como diferencia primordial de la historia oral el decir menos acerca de los sucesos que sobre sus significados (1988: 37).

En todo caso –señala el experto– el elemento único y de gran valor que las fuentes orales imponen a los historiadores y que ninguna otra fuente posee en igual medida (a no ser las fuentes literarias) es la subjetividad del hablante [...] *Ellas nos dicen no sólo lo que la gente hizo, sino lo que quisieron hacer, lo que creyeron que estaban haciendo, y lo que ahora piensa que hicieron* (Portelli, 1988: 37-38).

El meollo del asunto se ubica en el hecho de tener en cuenta que la entrevista sólo se puede leer de una manera interpretativa.

Como explica Joël Candau, no recordamos por simple repetición, ya que al componer el pasado lo hacemos en función de lo que está en juego en el presente. En efecto, ver el recuerdo del pasado como un desafío lanzado al futuro implica hacer un balance hoy de lo que uno hizo y de lo que podría haber hecho. Para Candau, y desde la perspectiva de una antropología de la memoria, esta idea proyecta un nivel más amplio de la evocación, al presentarla como la voluntad de un “futuro social”. Este reajuste de la mirada analítica supera, a juicio del autor, la idea reduccionista de que la sociedad contemporánea se interesa en la memoria por el simple gusto por el pasado (cf. Candau, 2006: 32).

Con apoyo en estas reflexiones teóricas cabría preguntarse si los arquitectos modernistas construyeron la ciudad que imaginaron o contradijeron las intenciones de sus diseños una vez realizadas sus utopías. Habría que recordar el pasado de ese futuro urbano imaginado por los arquitectos para la Ciudad de México. Una vía para responder a esta inquietud se abre al acercarse a las experiencias y expectativas de estos agentes, plasmadas en sus testimonios. De los relatos balance que procuran las narraciones orales se pueden inferir sentidos y significados de la acción humana vitales para comprender el tiempo presente.

### **Recordando el futuro de la Ciudad de México**

Al concluir el periodo armado de la Revolución Mexicana, 1910-1917, el nuevo gobierno inició un programa nacionalista de desarrollo económico para reconstruir al país y atender las necesidades de salud, educación y vivienda consignadas en la Carta Magna de 1917. La obra pública de alto valor simbólico, además de responder a las demandas populares pendientes, serviría para promover la modernización de la República y legitimar el poder del Estado posrevolucionario.

En términos generales, el censo de 1921, elaborado por el Departamento de Estadística Nacional, decía que el Distrito Federal contaba con una población de 906 063 habitantes. Los datos arrojados por el padrón exhibían una Ciudad de México eminentemente rural pero en proceso de crecimiento por la migración que, desde 1910, se había desplazado del interior del país a la capital, movida por la falta de seguridad en el campo y la pérdida de las haciendas donde la lucha armada había sido más cruenta.

Muchas familias acomodadas salieron a Europa o a Estados Unidos y otras se instalaron en la Ciudad de México. Por efectos de la concentración, los herederos de las grandes fortunas latifundistas se convirtieron en los especuladores urbanos de la capital, al impulsar el desarrollo de fraccionamientos (Eibenschutz, 1977: 135).

Las clases con mayores recursos decidieron, por razones de higiene, trasladar sus residencias del centro al sur y poniente de la urbe. Los grupos populares no tuvieron más remedio que asentarse en la zona oriente, la más pobre de la capital. Pero los problemas de la ciudad se agudizaron cuando las colonias se deterioraron y aumentó la concentración de población en la capital. La oferta reducida de viviendas para alquiler, las condiciones siempre precarias de los inmuebles y el costo excesivo de las rentas propiciaron manifestaciones de protesta por parte de los inquilinos, que exigieron instalaciones de servicios de agua, luz y drenaje en las colonias, así como mejoras en sus casas. Como era de esperarse, los nuevos asentamientos introdujeron una compleja dinámica urbana que hizo evidente innumerables problemas relacionados con la demanda de servicios, comunicaciones y control administrativo (Jiménez Muñoz, 1993). De las colonias y edificios nuevos, el arquitecto Enrique Yáñez recordó que

...Don José Luis Cuevas traza las Lomas de Chapultepec, una extensión para gente de dinero y sobre todo que quería vivir a cierta distancia de la ciudad. Después traza el fraccionamiento Hipódromo Condesa, muy bonito, y luego vinieron otros como Polanco.

La ciudad se extendía hacia nuevos rumbos, hasta la colonia Del Valle, el Parque de la Lama y además se empezaban a hacer edificios más modernos. No se hacían edificios altos porque el terreno no lo permitía, había

quizás uno de ocho pisos por la calle de Atenas que estaba todo chueco, pero cuando los ingenieros de mecánica de suelos estudian más científicamente el subsuelo, resuelven el problema de la cimentación que requerían los edificios altos. El primer edificio alto fue el de La Nacional del arquitecto Manuel Ortiz Monasterio, inaugurado aproximadamente en 1934, creo de 15 pisos. De ahí arrancan los edificios altos, pero antes no.<sup>5</sup>

En ese contexto de cambio, los arquitectos procedieron a informarse sobre el movimiento moderno en arquitectura, iniciado en la Europa central en el periodo de entreguerras, hacia 1925. El gremio leyó en revistas y polémicos libros las propuestas del suizo francés Le Corbusier, asumió los principios pedagógicos de la Bauhaus (la escuela alemana de diseño) y se mantuvo al tanto de las declaraciones de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), foros mundiales de reflexión en torno a la conformación de las nuevas reglas del arte (Fraser, 2000: 9). Además de participar, desde finales del siglo XIX, en los Congresos Internacionales de Urbanismo, uno de los cuales, por cierto, tuvo lugar en México en 1938.<sup>6</sup>

Los arquitectos buscaron un sustento teórico para mejorar las condiciones de la población y lo hallaron en la cátedra de Composición y después de Teoría de la arquitectura de José Villagrán García. El maestro recomendaba en sus cursos realizar “un análisis metódico de la función para conocer íntimamente las necesidades y llegar así en forma lógica, a una solución arquitectónica adecuada y armoniosa” (del Moral, 1956: 131).

Pero para comprender la importancia y el sentido de esta sugerencia es indispensable advertir que la enseñanza de la arquitectura en México se basaba en el modelo de la Escuela de Bellas Artes de París. El programa proveía a los alumnos de una formación académica y formalista pero no los enseñaba a examinar el problema arquitectónico. Incluso, en la década de los cuarenta, cuando Pedro Ramírez Vázquez estudiaba arquitectura, los estudiantes se quejaban de que los maestros, con formación de Bellas Artes, seguían pensando en el “estilo arquitectónico como expresión formal, como estuche, como chasis sin advertir que la forma debía surgir de un análisis del programa arquitectónico de los edificios, derivado del estudio concreto del uso de sus espacios.”<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Primera entrevista al arquitecto Enrique Yáñez, realizada por Graciela de Garay en la Ciudad de México, 29 de marzo de 1990, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/1(1).

<sup>6</sup> Sobre la historia de la planificación y el urbanismo modernos véase Sánchez Ruiz (2002 y 2006).

<sup>7</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Ciudad de México, 15 de junio de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/14(4).



Como la empobrecida hacienda posrevolucionaria hacía incosteable las obras de estilo nacionalista, la opción que se adoptó por parecer más económica fue la simplicidad del funcionalismo, rama extrema del racionalismo, que defendía una arquitectura abocada a responder exclusivamente a las exigencias prácticas y constructivas, excluyendo toda búsqueda o interés en la forma, los valores plásticos o la belleza.

Hacia 1925, jóvenes arquitectos como Juan O’Gorman, Juan Legarreta, Enrique del Moral y Álvaro Aburto se organizaron para introducir el funcionalismo en México, bajo la dirección del maestro Villagrán, quien años después negaría cualquier filiación con el funcionalismo radical, pues, para él, una arquitectura integral implicaba la belleza.<sup>8</sup>

La arquitectura nacional se identificó entonces con un “funcionalismo social” muy diferente al “funcionalismo formal” europeo. La corriente mexicana apareció ligada a los planes nacionales de hospitales, escuelas y habitación popular, en consonancia con los movimientos sociales de los que estaba siendo testigo (de Robina, 1963: 153).

Para muestra basta un botón. En 1932, siendo director de Obras Públicas el arquitecto Guillermo Zárraga y secretario de Educación Narciso Bassols, se invirtió un millón de pesos en la construcción de escuelas primarias en los barrios más pobres, donde habitaba la población trabajadora, y en los pueblos cercanos al antiguo núcleo de la Ciudad de México, que nunca habían recibido esta atención. Los proyectos, basados en los conceptos aportados por el arquitecto Juan O’Gorman, permitieron en dos años la edificación de 30 escuelas primarias en la Ciudad de México para 15 000 estudiantes, una escuela primaria en Tampico y una escuela vocacional en la Ciudad de México (Rodríguez Prampolini, Sáenz y Fuentes Rojas, 1983: 100). No obstante, la adopción del lenguaje plástico del modernista Le Corbusier contribuyó a que las escuelas de O’Gorman presentaran, a la larga, diversos problemas técnicos de conservación y funcionamiento, que después se subsanaron (Ibarrola, 1963: 186).

En diciembre de 1933, la Sociedad de Arquitectos Mexicanos reunió al gremio para pensar de manera conjunta los nuevos valores y corrientes ideológicas de la arquitectura que, a juicio del promotor del encuentro, el arquitecto Alfonso Pallares, habían sido alterados después de la Primera Guerra Mundial (Ríos Garza, Arias Montes y Sánchez Ruiz, 2001).

En ese contexto, recordaba Enrique Yáñez, la Sociedad de Arquitectos empezó a hacer bulla con que era necesario estudiar el problema de la habitación obrera, y como una iniciativa particular del arquitecto Carlos Obregón Santacilia se convocó al concurso de la Casa Obrera Mínima, para ver qué proyectaban los arquitectos. En esa competencia ganó el primer lugar Juan Legarreta y el segundo Yáñez. Eso dio origen a que, entre 1933 y 1934, el Departamento del Distrito Federal construyera en la Ciudad de México los primeros conjuntos de vivienda obrera de las colonias San Jacinto y Balbuena.<sup>9</sup>

Pero la Ciudad de México seguía extendiendo sus límites geopolíticos: de acuerdo con el censo de población de 1940, el país sumaba 20 millones de habitantes, el Distrito Federal 1 600 000 y la capital 1 300 000. Sucede que la política agraria del presidente Lázaro Cárdenas había dirigido la sobrepoblación rural a las ciudades y, en particular, a la capital, donde encontraba mejores servicios públicos y oportunidades de trabajo, considerando que en el Distrito Federal se concentraba la mayor actividad económica e industrial del país (García Ramos, 1963: 279-280).

En la década de los cuarenta, al estallar la Segunda Guerra Mundial, México aprovechó la ocasión para promover el despegue económico nacional mediante la industrialización, pero para lograrla era indispensable urbanizar al territorio. Los expertos, así como los grupos de decisión, creían que el futuro estaba en las ciudades, donde sería más fácil concentrar a la población y proveerla de modernos servicios públicos como alumbrado, agua potable, drenaje, transporte, educación, salud y vivienda. El proceso de urbanización en sólo 40 años cambió la proporción entre la población rural y la urbana: 49.3 por ciento correspondió a la primera y 50.7 por ciento a la segunda, lo que significa que, para 1960, la mayoría de los mexicanos ya vivía en ciudades (García Ramos, 1963: 280)

El incremento demográfico se debió, en gran medida, a la disminución de la mortalidad infantil y al aumento de la esperanza de vida gracias a los adelantos alcanzados en la ciencia médica y a las políticas públicas de salud. El crecimiento de las clases medias y la consolidación de los derechos de los trabajadores también impulsaron el desarrollo urbano mediante las demandas ciudadanas en materia de seguridad social, educación y vivienda.

En ese marco, los arquitectos tomaron medidas para solucionar de una manera actual las construcciones

<sup>8</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto José Villagrán García en la Ciudad de México, 7 de marzo de 1976, cit. en de Garay (1978).

<sup>9</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Enrique Yáñez, realizada en la Ciudad de México, 29 de marzo de 1990, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/1(1).



que exigían las apremiantes necesidades del momento. A juicio de Ernesto Gómez Gallardo, egresado de la Escuela de Arquitectura en 1943,

el valor más importante de la arquitectura moderna mexicana fue su relación con la arquitectura de tipo social de escuelas, hospitales, habitaciones populares, edificios públicos [...] lograr lo más con lo menos, identificarnos con nuestra precariedad tanto económica como industrial. Y creo que eso nos hizo un gran bien.<sup>10</sup>

Arquitectos y gobierno se dieron entonces a la tarea de resolver el déficit de hospitales y planteles educativos que demandaba la creciente población.

Durante el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946) el doctor Gustavo Baz, secretario de Salubridad, convocó a arquitectos y a médicos a trabajar juntos en el diseño de los hospitales que requería la nación. En 1942, el arquitecto José Villagrán García fundó el Seminario de Estudios Hospitalarios dependiente de la Secretaría de Asistencia Pública. Los miembros del Seminario coincidieron en que, antes de construir un edificio, primero se analizarían las necesidades y luego se procuraría su solución para evitar dispendios. Con objeto de informarse sobre la arquitectura relativa a los nosocomios, los arquitectos viajaron a Estados Unidos e incluso a Brasil, aunque a su regreso concluyeron que de poco servían las propuestas norteamericanas considerando las muy particulares necesidades, posibilidades, recursos y geografía del país. Por tanto, lo que más convenía era concebir algo propio.<sup>11</sup> Entre los primeros hospitales que se construyeron puede citarse el

de Cardiología, así como algunos otros en provincia. Tiempo después se encargó al arquitecto Enrique Yáñez el proyecto total del Centro Médico.

En 1944, Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública, creó el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE), el cual tenía como tarea estimar las necesidades en el nivel nacional, así como elaborar los programas arquitectónicos correspondientes a jardines de niños, primarias y secundarias. El director responsable fue el arquitecto José Luis Cuevas y como vocales se integraron José Villagrán García, Enrique Yáñez y Mario Pani. En el reparto del trabajo que decidieron los miembros de la Comisión Técnica tocó a don José Luis Cuevas estudiar la planeación, dada su formación en urbanismo en Inglaterra, y a Enrique Yáñez le encomendaron analizar los programas de las escuelas, sus necesidades, lo que debía tener cada tipo de escuela, el mobiliario, ya fuera jardín de niños, primaria, secundaria o normal. En fin, el programa buscaba que todas las escuelas estuvieran debidamente repartidas y que no hubiera zonas pobres o de mediana condición que carecieran de ellas.<sup>12</sup> Entre las construcciones realizadas destacan las escuelas Normal y la Superior de Maestros, así como el Conservatorio Nacional de Música. Ramírez Vázquez aportó el aula casa rural, que combinaba elementos prefabricados y artesanales de la región.

No obstante las acciones emprendidas en materia de vivienda de bajo costo, el déficit habitacional era considerable en los años cuarenta. Desde mediados de la década de los veinte el Estado había ofrecido, a través de diferentes instituciones de crédito como la

<sup>10</sup> Entrevistas al arquitecto Ernesto Gómez Gallardo llevadas a cabo por Graciela de Garay en la Ciudad de México, 24 de marzo de 1992, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/12(1), y 31 de marzo de 1992, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/12(2).

<sup>11</sup> Entrevistas efectuadas por Graciela de Garay en la Ciudad de México, al arquitecto Enrique Yáñez, 3 de mayo de 1990, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/1(5), y al arquitecto Mario Pani, 1º de agosto de 1990, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/4(5).

<sup>12</sup> Quinta entrevista al arquitecto Enrique Yáñez realizada por Graciela de Garay en la Ciudad de México, 3 de mayo de 1990, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/1(5).

Dirección de Pensiones Civiles de Retiro (1925) y el Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas (1933), préstamos baratos para la construcción individual por parte de los beneficiarios. Pero los recursos destinados con este propósito siempre fueron escasos y prácticamente inaccesibles para la mayoría de las personas. Por tal motivo, la gente debió conformarse con rentar viviendas unifamiliares, departamentos o cuartos en vecindades, de acuerdo con sus posibilidades e ingresos.

En efecto, los contenidos didácticos derivados de la Casa Obrera Mínima, en cuanto a su análisis y soluciones, marcaron un principio importante en materia de vivienda de interés social. Sin embargo, la tendencia a juzgar la demanda habitacional desde el punto de vista económico y cuantitativo, impidió que las lecciones del funcionalismo radical trascendieran como se esperaba. Los expertos procedieron a enfocar el problema de la vivienda en su verdadera escala para resolverlo de una forma rápida y moderna.

En 1938, durante el XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación celebrado en la Ciudad de México, el licenciado Adolfo Zamora, representante del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, reconoció que el modelo propuesto de casa unifamiliar económica sólo había beneficiado a los que disponían de un salario, capacidad de crédito y margen para la especulación, además de contribuir al crecimiento horizontal de la urbe. Para cubrir la demanda de vivienda, algunos especialistas, como Mario Pani, recomendaron erigir multifamiliares, ya que los edificios de altura máxima y planta mínima multiplican el cupo de moradores sobre una superficie reducida. El crecimiento vertical de la capital permitiría, en su opinión, la concentración tanto de habitantes como de servicios en un espacio perfectamente delimitado, para evitar el desarrollo horizontal de la ciudad. Se trataba de reducir al mínimo los costos en cuanto a servicios, vivienda y transporte, que implica la extensión gradual del radio urbano. Otros expertos, encabezados por el arquitecto Carlos Contreras, hablaron de la descentralización y propusieron que, en vez de erigir rascacielos y soluciones a la Le Corbusier, se desarrollaran núcleos habitacionales de dos y tres pisos con jardines y espacios abiertos con fáciles accesos al centro (Sánchez Ruiz, 2002: 300-302; y 2006: 87).

En 1949 se inauguró el Multifamiliar Miguel Alemán, proyecto y construcción de Mario Pani y Salva-

dor Ortega. Se trata de la primera vivienda colectiva social de gran altura, ubicada en la colonia Del Valle en la Ciudad de México. El conjunto, aún en funciones, está integrado por seis edificios de 13 pisos de altura y seis de tres, en los que 1050 familias comparten parques, espacios abiertos, áreas deportivas y comercios. En una "supermanzana" el arquitecto resolvía las necesidades primarias de los habitantes sin modificar el tejido urbano circundante. Tiempo después se le presentó la oportunidad de renovar el tejido urbano de la capital y para allanar el camino proyectó "una ciudad dentro de la ciudad": el Conjunto Urbano Nonoalco Tlatelolco (1962-1964), ubicado al norte de la Ciudad de México, que representa el desarrollo habitacional más grande del país y de América Latina, de alturas varias, de entre cuatro y 22 pisos, y planeado para alojar 80000 habitantes. (de Garay, 2000: 71-81).

En cuanto al urbanismo, desde 1850 hasta 1945, México continuó la tradición francesa del barón Haussmann, que consistía en resolver problemas viales, pavimentación, alineamiento, ampliación de calles centrales, apertura de grandes avenidas y, de acuerdo con la *Public Health Act* de Inglaterra, se procuró la atención a los servicios municipales como abastecimiento de agua potable, saneamiento y normas de ventilación de viviendas, para proteger a la población urbana de pestes y enfermedades, dadas las malas condiciones de vida que por el desarrollo industrial padecía la ciudad. A partir de estas normativas europeas se urbaniza sin atender a principios orgánicos o de especialización funcional (García Ramos, 1963: 280). Como decía Mario Pani:

Las primeras ideas urbanísticas que hubo en México reflejaban un urbanismo muy primitivo. Empezaron por creer que lo importante era hacer avenidas grandes, anchas y largas que llevaran al centro de la ciudad. En el siglo XIX se abrió el Paseo de la Reforma y en el XX se abrieron las avenidas de San Juan de Letrán, ahora llamada lamentablemente Lázaro Cárdenas, y la de 20 de Noviembre [...] Con estas medidas se planteó el viejo centro como el punto medular de la Ciudad (de Garay, 2000: 63-64).

A mediados de la década de los veinte, la necesidad de modernizar la ciudad impulsó la emisión de leyes y programas que contribuyeran a la reordenación territorial.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> En ese periodo se emitieron la Ley Orgánica del Distrito y Territorios Federales del 31 de diciembre de 1928, que entró en vigor en 1929; la Ley sobre Planeación General de la República (12 de julio de 1930) y la propuesta del Plano Regulador de 1933 del arquitecto Carlos Contreras; y el Plan Sexenal (1934-1940) (Sánchez Ruiz, 2002: 412; 2006: 81-82).

El arquitecto José Luis Cuevas, pionero del urbanismo en México formado en Estados Unidos, introdujo ideas nuevas de zonificación en su Plano Regulador de 1933. Pero, de acuerdo con Pedro Ramírez Vázquez, José Luis Cuevas fue el primero en percibir, de una manera global y no casuística o aislada, las necesidades urbanas y arquitectónicas del país. Su visión del proyecto no se limitaría a resolver una escuela en un sitio en particular, sino que trataría de investigar cuál era realmente el problema de los edificios escolares en México y de elaborar una visión de conjunto, con todas sus variantes de clima, sistemas constructivos, materiales de construcción. Por eso, don José Luis Cuevas logró ver la planeación a escala nacional, como también lo hizo José Villagrán García en los hospitales al preguntarse de qué tipo se necesitaban, ya fuera en el trópico, centro o norte de México. Pero corresponde a Carlos Lazo, a mediados de los años cuarenta, iniciar un urbanismo nacional con una extraordinaria perspectiva de conjunto.<sup>14</sup>

El hecho es que la planificación nacional de los años cincuenta tomó como documento base la Carta de Atenas, que organizaba la estructura urbana a partir de cinco espacios funcionales básicos: habitación, trabajo, recreación, circulación y edificios históricos. Pero esta concepción se complementó con el *zoning* norteamericano y centroeuropeo, que trasladaba sectores pobres de la ciudad –vivienda obrera y fábricas– a otros lugares de la urbe, para separarlos de las áreas administrativas, de equipamiento y residencial de las clases acomodadas. De ahí que la actividad industrial se ubicara al norte de la capital y para la educación superior se desarrollaran áreas especializadas como Ciudad Politécnica en Zacatenco (1952) y Ciudad Universitaria (1952) (García Ramos, 1963: 280; Gutiérrez Chaparro, 2009).

Con el fin de suprimir todos los obstáculos que impedían el funcionamiento eficiente de las ciudades, la Carta reemplazaba la calle por avenidas de alta velocidad que permitieran la circulación fluida de transportes, mercancías y fuerza de trabajo. Fue así que en México se trazaron avenidas para comunicar las zonas industriales con las grandes redes carreteras del país. Después se construyeron enormes conjuntos industriales fuera de la ciudad: en Naucalpan, Estado de México; Ciudad Sahagún en Hidalgo (1952), y Ciudad Pemex en Tabasco (1952).

En 1956, en Naucalpan, la iniciativa privada construyó Ciudad Satélite con el plan maestro del archi-

tecto Mario Pani, desarrollo residencial para clase media donde por primera vez se emplearon las técnicas del urbanismo funcionalista más avanzadas para el diseño de fraccionamientos comerciales (de Garay, 2000: 91-96).

La idea del urbanismo modernista era reordenar el territorio mediante la hiperconcentración de las zonas densamente pobladas, con soluciones arquitectónicas verticales, para liberar a la ciudad de la anarquía en el uso del suelo y, a la vez, procurar el desarrollo de ciudades satélites en zonas suburbanas que garantizaran un crecimiento ordenado “dentro” y “fuera” de la antigua ciudad. Ejemplos de estas experiencias son los multifamiliares Miguel Alemán y Benito Juárez, el Conjunto Tlatelolco y Ciudad Satélite, respectivamente (de Garay, 2000: 109-110).

El desarrollo carretero y ferrocarrilero, impulsado por la industrialización de los años treinta y cuarenta, fomentó el comercio, la demanda de transporte público y el uso del automóvil privado. La creciente clase proletaria, recién llegada del campo, carente de dinero y derecho de propiedad, se apoderó de los terrenos suburbanos, razón por la cual se designó a estos invasores con el nombre de “paracaidistas”. Al cabo del tiempo, los “arrimados” obtuvieron de las autoridades municipales el permiso para conformar, desde 1938, las primeras colonias proletarias (García Ramos, 1963: 280). La Ciudad de México había cambiado su fisonomía y dimensiones densificando su uso del suelo y extendiendo su superficie más allá de sus límites administrativos.

Después de explorar los imaginarios y las experiencias de algunos de los arquitectos modernistas de la Ciudad de México de la segunda mitad del siglo xx, conviene escuchar sus conclusiones y decantar sus utopías, experiencias, decepciones y expectativas, para pensar el presente de la gran capital.

### **El urbanismo sin poder es *hobby***

¿Qué pasó con tanta planeación arquitectónica y urbana? ¿Dónde quedó la modernidad imaginada para la Ciudad de México y sus habitantes? Sucede que, entre los cuarenta y los sesenta, la estructura que originalmente definía el crecimiento de la ciudad, basada en los ejes aztecas y coloniales, se borró por las calles de los suburbios que se fueron conurbando. La capital se extendió con colonias sin traza definida

---

<sup>14</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Ciudad de México, 6 de junio de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/14(3).



hasta convertirse en chipotes de una estructura ausente. La población rural de pobres recursos, atraída por el magnetismo de la metrópoli, se acercó en áreas inaccesibles de la ciudad, de topografía difícil, lejanas a los servicios y poco atractivas en términos formales, pero convenientes por su bajo costo y facilidad de conquista. Mientras tanto, los especuladores ubicaron las tierras más rentables para lucrativos negocios inmobiliarios. Una reforma agraria acelerada y mal planeada repartió terrenos sin valor agrícola pero que por su cercanía a la ciudad alcanzaron un valor insospechado. El proceso de expansión urbana convirtió estos cerros en una mercancía que los ejidatarios vendieron al mejor postor y, para la gente que no tenía otro lugar adonde ir, los páramos más marginales de la urbe se volvieron su única alternativa de residencia, porque los especuladores les habían cerrado las puertas del edén. La mancha urbana creció hasta rebasar los límites del Distrito Federal. Se presentó entonces el fenómeno llamado conurbación, que, sin éxito, el gobierno capitalino intentó frenar mediante disposiciones legales y reglamentaciones que lejos de contener la expansión de la ciudad la extendió aún más. Naucalpan y Nezahualcóyotl, en el Estado de México, registraron la explosión demográfica que la Ciudad de México no quería recibir. Esta aceleración del proceso coincidió con la falta de instrumentos de planeación para reorientar y ordenar el territorio (Eibenschutz, 1977: 137). El proceso desembocó en la conformación de una ciudad insustentable, y la idea de cambiar al mundo, defendida por los protagonistas del movimiento moderno, se agotó en el marasmo de un caos urbano.

Una sobrepoblación de 20 millones de habitantes para la Ciudad de México y zonas conurbadas se dice fácil, pero cómo atender las demandas de servicios y habitación de tanta gente. Todo esfuerzo parece inútil.

Mire –decía Enrique Yáñez–, en un país tan inestable y desorganizado como México, la arquitectura tiene poco porvenir. Con esta avalancha de gente, con esta explosión demográfica se destruye todo; todo queda chico, todo se echa a perder. No hay cosas que se conserven porque se llenan y se aprietan hasta que explotan.

...Pero ahí está la explosión demográfica y quién la para; quién hace el esfuerzo extraordinario por detenerla, quién hace esfuerzos por descentralizar la distribución de la población para que no se concentre aquí.

...¿Qué pasó con Ciudad Universitaria? Que fue un caso único en la historia de la arquitectura contemporánea como cosa bien hecha, bien llevada, que se hizo para 25 mil estudiantes y ahora serán 300 mil no sé cuántos. [...] Y ¿qué ha pasado? Pues que se han reventado todos los edificios. Y de aquella Ciudad Universitaria con sus edificios planeados adecuadamente están todos llenos de parches, de transformaciones, de cambios de uso, etcétera.

...Hace cuarenta o cincuenta años, las cosas eran mejores, había un país que sí se iniciaba en la modernidad porque se trataba de hacer buenas escuelas, se trataba de hacer una Ciudad Universitaria que nunca había existido tan buena, y unos hospitales muy buenos, y muchas cosas. Eso era extraordinario.<sup>15</sup>

Ciertamente nadie detiene el crecimiento de la Ciudad de México porque aquí se siguen tomando las decisiones políticas más importantes del país. Se confunde a la capital con la República Mexicana.

Contra la expansión urbana, comentaba el arquitecto Abraham Zabludovsky, los arquitectos pueden hacer bien poco:

Nosotros los arquitectos podemos quejarnos a diario por la inmoderada expansión de la ciudad, pero el problema en sí rebasa nuestras posibilidades reales de acción, puesto que es un problema de índole demográfico. A este respecto, lo primero que habría que hacer es controlar los índices de crecimiento y, a juzgar por lo que hemos visto recientemente, yo diría que sus orígenes se gestan en otros aspectos: en los problemas administrativos y económicos. Naturalmente, las urbes atraen a grandes núcleos de población. Las ciudades, como fenómenos de los últimos siglos –de principios del *xix* y del *siglo xx*–, constituyen enormes concentraciones humanas producto del desarrollo industrial, de la variedad de actividades. Por supuesto, hay diferencias entre la pobreza rural y la urbana. En la ciudad, un pobre es “más rico” por el solo hecho de tener fácil acceso a un cableado eléctrico que le permite poner un foco.<sup>16</sup>

Resulta que el acelerado proceso de industrialización, iniciado en la década de los treinta, trajo como consecuencia un incremento demográfico exorbitante. El Estado, preocupado por industrializar a la nación a partir del modelo económico de sustitución de importaciones, se dedicó a promover inversiones para

<sup>15</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Enrique Yáñez en la Ciudad de México, 24 de mayo de 1990, Instituto Mora/ Archivo de la Palabra, PHO 11/1(7).

<sup>16</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Abraham Zabludovsky en la Ciudad de México, 26 de febrero de 1991, Instituto Mora/ Archivo de la Palabra, PHO 11/7(2).

crear la infraestructura que requerían las fábricas. Esto propició la concentración de gente y recursos en unas cuantas zonas del país. De este modo, se imponía “un modelo expansionista de crecimiento urbano registrándose las mayores tasas de crecimiento de la población” (Gutiérrez Chaparro, 2009: 60-61).

Pero, si somos tantos, ¿por qué no se va la gente de esta apocalíptica ciudad? Mario Pani explicaba esta resistencia diciendo que

...aquí tiene una infraestructura muy rica y costosa: drenajes profundos, metros, avenidas amplísimas mal utilizadas, que sirven nada más para congestionar el centro y para que la gente vaya locamente a todas partes. Lo que debe hacerse es reordenar el espacio para que esa infraestructura se utilice correctamente (de Garay, 2000: 114).

Además, la situación no puede cambiar de golpe ni por decreto. Congestionamiento urbano y dispersión rural se gestaron a lo largo de los siglos y, a partir de 1940, éstos se intensificaron con el extraordinario desarrollo del país.

En ese sentido, cabe recordar que cuando Ernesto P. Uruchurtu era regente de la ciudad prohibió la construcción de fraccionamientos dentro del Distrito Federal para detener el crecimiento de la capital. Esta medida, de acuerdo con el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, ocasionó una derrama demográfica que al desbordarse generó dos extremos:

Ciudad Nezahualcóyotl y Ciudad Satélite. ¿Por qué? Porque había que atender esa demanda, esa necesidad de vivienda de los dos extremos. Entonces es Uruchurtu el que genera Nezahualcóyotl y Ciudad Satélite. Muchas veces se dice: “No, qué visión de los fraccionadores del área de Ciudad Nezahualcóyotl, qué visión del arquitecto Mario Pani con Miguel Alemán de hacer Ciudad Satélite”. No, si eso se los puso Uruchurtu en bandeja de plata. [...] Terreno muy barato por insalubre, falto de comunicaciones para Nezahualcóyotl y luego Chalco. Y por el otro extremo Ciudad Satélite, un fraccionamiento de alto nivel económico, calles muy arboladas, para dormir.<sup>17</sup>

Sucede que la moderna planeación urbana en México, como ya se estableció en el apartado anterior, se basó en modelos extranjeros que combinaban la

zonificación y el funcionalismo para regular el crecimiento espacial, fomentando a la par un fuerte contraste social. La planeación entendida como una ciencia dio al Estado no sólo la fuerza suficiente para regular los usos del suelo sino también una continua legitimidad política para imponer por decreto sus políticas urbanas (Gutiérrez Chaparro, 2009: 62) que, por cierto, cada vez se apartaban más del bien común para reforzar los privilegios e intereses económicos de unos cuantos.

En fin, la meta era modernizar la Ciudad de México e inscribir al país en el concierto de las naciones. Uruchurtu veía como modelo de modernidad la ciudad de Los Ángeles en Estados Unidos y, por eso, quería para la capital vías rápidas, recorridas por flamantes automóviles norteamericanos. Nunca aceptó el metro porque predominaron los intereses de los dueños de las líneas de camiones urbanos y suburbanos. De nueva cuenta se reafirmaba el centralismo.

Sin embargo, en ese contexto, las propuestas de los especialistas de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna parecieron a élites ilustradas y profesionales del urbanismo la panacea de la ciudad del mañana.

La idea de estos arquitectos—explica el arquitecto Abraham Zabłudovsky—era simplificar, esquematizar los problemas de la ciudad. Estos supuestos básicos—referidos a la urbe como recinto donde convive la gente—eran cuatro y se resumían en otros tantos enunciados; la ciudad es un lugar de habitar, un lugar de trabajar, un lugar de recreo y cultura y una red de comunicaciones. Y ya está... una vez arreglado esto, la felicidad es cosa garantizada. Con semejantes esquemas y espíritu se hizo Brasilia. [...] Y, al final, todo esto no sirvió para nada, porque la ciudad es precisamente lo contrario de lo que aquí se buscó: es mezcla de actividades, de autonomía, de propósitos y de gente. En los barrios se mezcla el farmacéutico y el mecánico del pequeño taller, la industria ligera y la habitación. Las calles no son elementos nocivos, por ellas circulan igual los automóviles que los neveros; los niños encuentran el mismo gusto en estar en el jardín de su casa que en la vía pública. La realidad urbana es mucho más compleja que cualquier esquema que se le imponga. Si no se dan en ellos la vida, el movimiento y las actividades naturales, los barrios mueren, las ciudades mueren.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Ciudad de México, 6 de junio de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/14(3).

<sup>18</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Abraham Zabłudovsky en la Ciudad de México, 3 de abril de 1991, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/7(3).

Como toda propuesta dogmática, las recetas modernistas cayeron en la exageración, y lejos de resolver el problema lo complicaron aún más.

Efectivamente, el funcionalismo de los años cincuenta rompió la vida barrial de las ciudades, porque todas las actividades cotidianas de la urbe se hacen y están integradas a la calle. Separar funciones disminuye la movilidad de las ciudades, pues éstas generan actividades que dan vida a la ciudad. Las calles son alimentadas por la actividad comercial.

Éste es uno de los problemas que –de acuerdo con Abraham Zabłudovsky– hoy aqueja al centro de nuestra ciudad. Los temblores y las crisis económicas han ocasionado el despoblamiento de la zona. Los espacios que antes se utilizaban para producir riqueza urbana han sido ocupados con otras finalidades, y es muy difícil que vuelvan a ser lo que eran.<sup>19</sup>

Pero la euforia de la planeación también distrajo a los arquitectos del diseño, su verdadero oficio. Por más que trataron de estudiar las problemáticas locales con el apoyo de científicos sociales y supuestos expertos en sociología urbana, los resultados no estuvieron a la altura esperada. Comprendieron que la arquitectura por sí sola no podía cambiar al hombre:

No hay ninguna personalidad en los trazos urbanos finales de esos trabajos. No hay ninguna aportación, digamos, de diseño; mas que aplicaciones de clichés de los sesenta que se veían en todos lados del mundo –explica González de León–. Yo lo digo con una limpia autocrítica. No me interesan porque veo que no hay nada y que me consumieron infinitas horas. Ésa es mi tragedia y la que vivieron las escuelas de arquitectura educando mal a la gente. Y sí, fue [...] como comprobar científicamente, entre comillas, los postulados del movimiento moderno. Es decir, si la arquitectura, el diseño urbano, el nuevo urbanismo, la nueva arquitectura van a cambiar el orden,

ahí está, y a meterse a fondo en esa tarea, pero realmente fue una ilusión tonta [...] Y mucha gente de los sesenta quedó marcada por eso. Fue comprobar el fracaso de los postulados del movimiento moderno y eso lo revela después el nacimiento del posmodernismo ya al final de los sesenta. Van saliendo cosas como los eructos de esa indigestión espantosa que no llevó a nada. Mucha gente no hizo eso y se dedicó a hacer arquitectura, diseño urbano como debe ser, nada más tratando de aportar algo con el diseño del espacio.<sup>20</sup>

Por desgracia, los proyectos de planeación urbana y reordenamiento territorial, independientemente de sus bases científicas y técnicas, no son suficientes para cambiar las cosas. Existen intereses políticos, económicos y errores de interpretación social y técnica que pervierten los proyectos y vuelven casi imposible materializar el sueño modernista de hacer una ciudad bella y radiante.

Ahora bien, al margen de las políticas urbanas del Estado, los jóvenes siguieron con furor los postulados arquitectónicos del movimiento moderno.

Los escritos de Le Corbusier inflamaban a los jóvenes y tenían la capacidad, según González de León, de volverlos cruzados del nuevo urbanismo y de la nueva arquitectura que querían para México. También los emocionaban las ideas de Ludwig Mies van der Rohe, otro arquitecto que se venía perfilando como líder en los años cincuenta. Mies representaba el clímax de la primera etapa del movimiento moderno al tratar de reducir todo al mínimo, no sólo reduciendo las fachadas a un solo material, sino que la arquitectura ya no tuviera cuartos. No sólo reducía la arquitectura a una expresión mínima plástica, sino también la composición espacial. Los últimos proyectos de Mies son locales únicos y sus edificios surgen como paralelepípedos puros. Esa reducción llama la



<sup>19</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Abraham Zabłudovsky en la Ciudad de México, 13 de febrero de 1991, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/7(1).

<sup>20</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Teodoro González de León en la Ciudad de México, 5 de marzo de 1992, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/10(5).

atención en los cincuenta y es lo más internacional, lo más despegado de un nacionalismo, porque lo mismo lo hacía en Berlín, en Londres. En esa limpieza estaban metidos los jóvenes, pero también estaban “embarrados políticamente”, porque creían en el socialismo.<sup>21</sup>

No obstante el dogmatismo del catecismo modernista, para el arquitecto Vladimir Kaspé, las ideas de Le Corbusier contribuyeron a abrir brecha y a derribar los muros de la tradición. Sin duda, la revolución modernista permitió a las jóvenes generaciones sacudirse el polvo de una enseñanza anquilosada que les impedía imaginar el futuro. Pero como dice el propio Kaspé,

...el balance general es que en realidad el funcionalismo se encuentra ya olvidado. Desgraciadamente, porque ahora los arquitectos pueden hacer lo que quieran y parece que tanto el cliente como los usuarios aceptan cualquier cosa. Por lo tanto, se hacen cosas nada funcionales y a nadie le molesta. La gente obtiene lo que quiere porque no sabe lo que quiere o no quiere nada, exagerando un poco, claro.<sup>22</sup>

Esta situación explica la poca calidad de la arquitectura. Los clientes quieren hacer negocio y los usuarios deben conformarse con lo que se les dé. Además, apenas hay espacio para construir una vivienda porque el terreno es muy caro, sobre todo si se quiere vivir cerca de la Ciudad de México.

El hecho es que, en la década de los cincuenta, la ciudad empieza a deteriorarse. Al poco tiempo, ya no resiste el crecimiento demográfico, y como los servicios no aumentan al mismo ritmo, aparecen zonas marginales, el transporte resulta insuficiente y el problema acuciante de la vivienda parece insalvable. La planeación queda rezagada frente al centralismo.

Pero la idea de resolver todo con los mínimos, como lo recomendaban los funcionalistas radicales de la década de los treinta, condujo a graves errores. Aquello que en su momento derivó en resultados interesantes y sirvió de experiencia acumulada para las grandes especializaciones de arquitectura de escuelas del CAPFCE o de hospitales del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y del Instituto de Seguridad y Ser-

vicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) resultó, al paso del tiempo, incompatible con el crecimiento desmedido de la ciudad, pues se trataba de conjuntos de casas, a veces de dos pisos, que ocupaban mucho espacio, y las acciones habitacionales nunca alcanzaban para cubrir la demanda demográfica. En realidad se requería investigar otras alternativas para hacer vivienda más habitable y digna.<sup>23</sup>

Sin embargo, en opinión de Pedro Ramírez Vázquez, la tendencia a pensar que la habitación de interés social debe limitarse a ofrecer un espacio mínimo para dar más, le parece un error.

Eso no es dar vivienda. Ésas son soluciones muy ingeniosas para empacar familias, porque la vivienda no es solamente refugio para guarecerse. La vivienda es la convivencia familiar [...] La vivienda debe tener un número de satisfactores para una vida normal, porque no por ser pobre se requieren menos metros cúbicos para respirar [...] La solución, a mi manera de ver, debe ser un espacio más amplio y no por ser más amplio va a ser más costoso para el Estado, porque hay elementos que pueden no incluirse de inicio en la vivienda [...] No se trata de dar acabados sino de dar espacios [...] con ese criterio de dejar que la familia pueda aportar sus propios recursos para mejorar sus viviendas todos viviríamos mejor. Pero como no son “inaugurables” porque no están “relujaditas” [...] y posiblemente por el espacio requerido para mil casas de buenas dimensiones no cabrían en el terreno dispuesto, entonces en lugar de mil se harían 800, pero serían 800 viviendas y no mil empaques [...] Pero es el número, la estadística la que deforma muchas cosas.<sup>24</sup>

Sucede que el tema de vivienda es un asunto de salario. Los que tienen derecho a la vivienda de interés social pertenecen a una clase social privilegiada que cuenta con un empleo y puede acceder a un crédito.

Realmente –explica Abraham Zabloudovsky– los que adquieren una casa o departamento del Infonavit constituyen una clase privilegiada de obreros o trabajadores: tienen un ingreso fijo y un derecho asegurado a la vivienda. La autoconstrucción queda para las mayorías, para la masa, de la que, por cierto, ni siquiera sabemos de qué o cómo vive. De alguna manera se allegan recursos,

---

<sup>21</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Teodoro González de León en la Ciudad de México, 10 de octubre de 1991, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/10(4).

<sup>22</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Vladimir Kaspé en la Ciudad de México, 21 de marzo de 1995, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/16(4).

<sup>23</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Ernesto Gómez Gallardo en la Ciudad de México, 31 de marzo de 1992, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/12(2).

<sup>24</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Ciudad de México, 15 de junio de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/14(4).



ingresos que las familias obtienen como pueden de muchos lados y que les permiten realizar una labor de autoconstrucción gradual.<sup>25</sup>

También Ramírez Vázquez concuerda con que el problema de la vivienda es un problema de ingreso, no uno gubernamental ni de institutos.

Yo hago frecuentemente esta comparación –explica Ramírez Vázquez–. Al menos hasta ahora a nadie se le ha ocurrido hacer un Instituto Nacional de la Comida para poder darle a todo el mundo su menú hecho a la medida para que se lo coma. Pero ¿qué es necesario para que la gente coma a su gusto y dentro de sus necesidades? Necesita salario, ingredientes suficientes y a su alcance, utensilios, estufa, olla, lo que sea; pero sólo a través de un salario adquiere sus ingredientes, sus utensilios y hace su comida. Lo mismo sería para la vivienda; a través del salario adquiere sus ingredientes. Bueno ¿cuáles son los ingredientes? El terreno y los materiales de construcción, que son los utensilios. Entonces la obligación del Estado y de la sociedad en general es que haya un buen ingreso y que se produzcan a costos razonables los ingredientes y los utensilios y sin arquitecto, simplemente con salario, con ingreso, pero cuando el ingreso no alcanza pues ahora dame la casa, y la sociedad se adorna dándole la casa, mejor que le dé el salario [...] El Estado tiene que vigilar que la tierra tenga su valor real, que no se especule con el terreno, con los materiales de construcción [...] Los conjuntos de vivienda no los resuelve el planteamiento del economista ni la solución del arquitecto, es un problema de salario.<sup>26</sup>

Tal parece que el déficit habitacional implica una solución social de largo alcance. Mientras el terreno siga siendo el ingrediente más caro para hacerse de una casa, pocos tendrán acceso a este bien, que, por cierto, el gobierno posrevolucionario no contempló como una reivindicación social inmediata.

Por lo que toca a las responsabilidades del arquitecto con respecto a la vivienda, tal vez su tarea consista en imaginar propuestas de reordenamiento territorial para evitar la especulación con el suelo y dejar espacios libres con el fin de que los organismos gubernamentales o la iniciativa privada construyan la habitación demandada. Pero lo más recomendable,

de acuerdo con Mario Pani, sería que el Estado expidiera una ley que fomentara la oferta de casas para alquilar, porque en México se había pensado equivocadamente que la vivienda de interés social sólo la hacía el Estado. “La vivienda la tiene que hacer la iniciativa privada como en todas partes del mundo y el gobierno debe dedicarse a crear los elementos donde se puedan hacer esas cosas” (de Garay, 2000: 110).

En consecuencia, el arquitecto debe participar en investigaciones en diseño y tecnología que contribuyan al desarrollo de una vivienda sustentable y sostenible, aunque, como dice el arquitecto Ernesto Gómez Gallardo, no hay un interés por financiar estos estudios porque tampoco existe la demanda.

Por desgracia –explica Gómez Gallardo– la industria mexicana nunca ha sido parte de la investigación o la experimentación. Simplemente toman las cosas ya hechas del extranjero. Y ahora tenemos justamente el reto con el Tratado de Libre Comercio, pero si no hay investigación no hay progreso.<sup>27</sup>

Tal vez ahora, cuando las inquietudes ambientales se han legitimado con acuerdos internacionales, el tema de la arquitectura sustentable pase de la retórica a la práctica de la agenda política mexicana. Finalmente, algo se debe hacer para resolver el crecimiento desmedido y desordenado de la Ciudad de México.

Pedro Ramírez Vázquez advierte la necesidad de reordenar el territorio mediante la densificación del uso del suelo, para distribuir y aprovechar mejor el espacio. Al respecto vale la pena citar el comentario del arquitecto:

Sí, en una ocasión, yo tuve una expresión muy dura, diciendo: “La Ciudad de México es chata y cacariza”, porque es chaparra; cacariza porque hay muchísimos predios baldíos, vacíos que tienen una infraestructura que pasa por el frente y no se aprovecha. Y, en la medida en que la ciudad se dispersa, las redes de alimentación son más caras y más difíciles. Sí, hay que densificar la ciudad antes de dejarla crecer horizontalmente. Sí, son muchas las medidas complementarias; no hay una sola que sea polivalente, se necesita un conjunto de soluciones que permitan su densificación, que es indispensable, aunque, claro, también se necesita levantarla en altura.<sup>28</sup>

<sup>25</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Abraham Zabludovsky en la Ciudad de México, 13 de junio de 1991, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/7(6).

<sup>26</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Ciudad de México, 15 de junio de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/14(4).

<sup>27</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Ernesto Gómez Gallardo en la Ciudad de México, 7 de abril de 1992, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/12(3).

<sup>28</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Ciudad de México, 6 de junio de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/14(3).

Por eso Mario Pani, después de 50 años de vida profesional, insistía en que la Ciudad de México sí era rescatable, siempre y cuando se ordenara el espacio, llevando a cabo acciones dentro de la ciudad.

Propongo –decía Pani– que se creen barrios [...] es lo que llamo ahora la “ciudad concertada”. Ya se inició un corte de la ciudad misma con los ejes viales: [...] un poco sin apreciar y sin tomar en cuenta que destruían cosas interesantes, que destruían los barrios existentes, pero han tenido la ventaja de crear superficies muy bien definidas y limitadas por esos ejes viales [...] Esas superficies son como islas en donde hay que crear una comunidad.

[...] Entonces eso que queda es lo que yo llamo “células urbanas”, con intensidades altas, jardines, estacionamientos y comercios en la periferia, y al centro, con intensidades bajas, el pueblito con circulaciones peatonales, casi sin calles. [...] En las intensidades altas que darían a los ejes viales estarían las oficinas y las viviendas más caras, y los estacionamientos que se piden para las oficinas. (de Garay, 2000: 110-111).

Pero ¿cómo lograr esta “ciudad concertada” de Pani? ¿Se cuenta con el poder para instrumentarla? Dicen los especialistas, como Ramírez Vázquez, que se trata de una buena “ingeniería financiera” que requiere cultura y un patrón de vida muy distinto a la generalidad. Sin embargo, ya se han hecho algunos ensayos de este tipo en ciertas áreas de la ciudad, donde se cuenta con un avance en el proceder de los propietarios.<sup>29</sup> ¿Podremos lograr un orden dentro del desorden?

En realidad, la propuesta de Mario Pani constituye una forma de reordenar la ciudad para que pueda seguir creciendo pero de acuerdo con ciertas reglas. Aunque su idea también implica hacer a un lado la zonificación para dejar que los usos del suelo sean totalmente libres. En opinión de Pani el Estado sólo debe supervisar las construcciones de la iniciativa privada para que se haga una ciudad correcta. La idea es establecer normas que ayuden a utilizar bien el terreno para que la ciudad sea un gran negocio inmobiliario (de Garay, 2000: 115-116).

En fin, para Ramírez Vázquez, el problema de la ciudad nos remite a mantener su crecimiento al “filo de la navaja” y pensar en la descentralización.

Pero ¿qué quiere decir esto de mantener la ciudad al “filo de la navaja”? Para Ramírez Vázquez esta postura representa el mecanismo más inmediato y efectivo con el cual desalentar la expansión de la urbe. De acuerdo con él:

Lo que determina el origen de las ciudades son los satisfactores básicos: el agua, la capacidad del acuífero, eso es lo que determina el primer asentamiento. Pero como satisfactor ejemplo. Pero cuando llegamos a las hazañas técnicas, a la capacidad técnica ¿qué se dice?: “Bueno, ya no alcanza el agua que hay aquí pero la vamos a traer de otra parte”. Ahí están los acueductos de los romanos, los coloniales y los prehispánicos [...] Y entonces se trae el agua pero se está quitando de otro lugar y entonces a ese lugar ya le estamos quitando la posibilidad de ese satisfactor. Por eso han venido los problemas, por ejemplo, cuando trajimos el agua de Lerma para la Ciudad de México, pues junto con el agua de Lerma, nos trajimos a la gente que vivía de esa agua en Lerma. Nada más que ahora, aquí, hay que darles el agua que era de ellos, pero también aquí hay que darles empleo, vivienda, escuela, salud, energía eléctrica, es el agua más cara del mundo; y la hazaña técnica se puede lograr, se puede dar la vuelta al Papaloapan, pero a qué costo, y entonces la gente del Papaloapan se tiene que venir acá. Ésa es la complejidad de la planeación urbana.

Por eso yo siempre he pensado que a una capital como México hay que llevarla al “filo de la navaja”, con mucho cuidado de resolverle a satisfacción todos sus problemas, porque entonces crece más. Hay que tenerla al “filo de la navaja” para evitar el colapso, mantenerla en el “filo de la navaja” mientras se desarrolla en forma equilibrada todo el país. Y entonces la redistribución de



<sup>29</sup> Ibid.

la población puede ir siendo espontánea [...] Hay que quitarle presión al globo, pero quitársela con mucho cuidado, para evitar un colapso [...] Los problemas de la Ciudad de México los resuelve el país, la nación en su conjunto, no hay regente mágico que resuelva por sí mismo, con su magnífico gobierno los problemas de la Ciudad de México [...] Hay que mantener la ciudad al límite mientras se desarrolla afuera. Por eso hay que desarrollar las costas, las ciudades medias. Por eso hay que mantener la solución al límite de su satisfacción, pero no impulsar más a la ciudad; todo lo que sea creación de empleo debe darse fuera, no aquí, pero eso es muy lento, porque se ha generado en siglos, tiene que revertirse en muchos años.<sup>30</sup>

Por eso es urgente modificar la tendencia centralizadora e impulsar las acciones descentralizadoras.

Esta gran ciudad –dice Ramírez Vázquez– crece como crece no por las circunstancias de inclinación personal de simplemente vámonos a la Ciudad de México [...] la gente se viene buscando las metas de vida que no pueden tener allá: las metas educativas, las metas de salud, las metas de empleo, las metas sociales, las metas políticas. Pero, ¿por qué? Por una organización centralista de México. La Ciudad de México la ha provocado la nación por su concentración y esto no ha sido más que una inercia desde los aztecas, porque el poder público se concentra aquí y crea influencia y dinero. Esa influencia, ese dinero, crean un atractivo y provocan consumo; ese consumo exige producción y entonces ahí viene la bola de nieve. Por eso los planteamientos contemporáneos son de organización territorial.

Los satisfactores para la vida, la energía, los energéticos, el agua, los alimentos; esos satisfactores los tenemos debajo de la cota de quinientos metros, ahí está el agua, ahí están los energéticos, ahí está la gran producción agrícola; pero el poder político se ubica a los 2 240 metros, por eso en una ocasión decía yo. “Vivimos en el *penthouse*”, los recursos están en el sótano, y los pisos intermedios los tenemos vacíos. Por eso nos cuesta tanto traer el agua, y ya servida, hay que sacarla, ése es el absurdo de nuestro centralismo; [...] eso se revierte a partir de una mejor distribución de la actividad económica, la creación de empleo, si hubiera empleo fuera la gente no vendría a la ciudad, porque con ese empleo

habría recursos y podrían tener sus satisfactores. Todo esto es consecuencia de nuestro centralismo.<sup>31</sup>

De ahí la idea de Pedro Ramírez Vázquez, ex secretario de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (1976-1982), de reubicar el gasto público para activar las economías locales; elevar los niveles de vida de regiones y ciudades para fomentar el crecimiento urbano regional. Gasto corriente e inversión pública se distribuirían en el país cortando la dependencia del centro. De acuerdo con el arquitecto:

Una mejor distribución de la actividad económica trae una mejor distribución de los asentamientos humanos. Tenemos cientos de miles de poblaciones de menos de dos mil habitantes a las que no se les pueden dar los servicios que necesitan para una vida digna y, por otra parte, tenemos la gran concentración. Ése es nuestro problema de asentamientos humanos en México, tenemos los dos extremos: la dispersión y la concentración, el congestionamiento; eso es lo que hay que equilibrar con un desarrollo sano en la vida de la nación, pero ahí sí ya entran los programas de gobierno.<sup>32</sup>

El sismo de 1985 hizo evidente la necesidad de descentralizar cuando se confrontaron los problemas derivados del crecimiento anárquico de los intereses económicos en la Ciudad de México. Pero para lograrlo se requiere la voluntad política para instrumentar las soluciones de otra manera, como decía el maestro José Luis Cuevas a sus alumnos: “el urbanismo sin poder es *hobby*”.<sup>33</sup> En todo caso, como señala González de León, habría que recuperar la mística social del movimiento moderno para devolver a las ciudades los espacios de representación que tanto necesitan para la convivencia humana.<sup>34</sup>

## Conclusiones

Para el arquitecto español Josep María Montaner, hablar de memoria urbana constituye un esfuerzo importante y necesario de parte de la sociedad. Su valor reside en recordarnos que las cosas no siempre fueron así. De ahí la pertinencia de su comentario cuando advierte lo siguiente:

<sup>30</sup> Ibid.

<sup>31</sup> Ibid.

<sup>32</sup> Ibid.

<sup>33</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la Ciudad de México, 13 de mayo de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/14(1)

<sup>34</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Teodoro González de León en la Ciudad de México, 5 de mayo de 1994, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/10(12).

Entre los nuevos derechos a reclamar está el derecho a hacer visible la memoria de los movimientos sociales urbanos, algo que puede parecer obvio, pero que es negado en la medida que la memoria de las reivindicaciones vecinales va siendo sistemáticamente borrada. De esta manera, parece que la ciudad, tal como es, es un resultado natural: así ha sido planificada y construida. Se olvida que uno de los motores esenciales de las mejoras sociales y de una parte importante de los edificios y espacios públicos son los movimientos urbanos, cuya memoria el poder tiende a ir lavando y blanqueando, construyéndose una historia falsa [...]

Por lo tanto, detrás de cada parque, de cada equipamiento o de cada conjunto patrimonial que se salva hay, generalmente, un movimiento vecinal que no se debe olvidar [...]

Y así es como se construye la ciudad, dialécticamente, a partir de los conflictos. Por esto es tan importante reclamar el derecho a mantener la memoria de estos movimientos [...] Si no, las administraciones y el silencio de los medios dominantes de información conseguirán acabar borrando la memoria crítica y haciéndonos creer que siempre se había proyectado así y que no hubo ni lucha ni reivindicación alguna (Montaner, 2008).

En realidad, las ciudades y la arquitectura de hoy son producto de diversos factores entre los que se deben considerar los siguientes: las acciones colectivas modernizadoras de élites políticas y profesionales ilustradas; innovadoras revoluciones en el gusto; cambios tecnológicos e industriales; y severos movimientos sociales de inconformidad contra la desigualdad que divide a los pueblos (Guillén, 2004). Este inventario multicausal nos conduce a reflexionar de manera permanente sobre los procesos de conformación de la Ciudad de México. ¿Cómo explicar el modernismo sin modernidad de esta urbe latinoamericana que vive de manera simultánea y constante el deterioro y la reinención de sus espacios? (Gutiérrez, 1998). Quizás, como apunta Teodoro González de León, se trate de una sociedad que se resiste al orden y a ser ordenada, y aunque los arquitectos le pongan un gran empeño a sus proyectos de planeación y reordenamiento urbano, el saldo final es muy negativo.

¿Qué explicación podemos dar a esto? –se pregunta González de León–. La única explicación que yo encuentro es que vivimos en una sociedad que se resiste al planeamiento por muchas razones. Primero porque a la parte

mayoritaria de la ciudad, a la parte pobre, el planeamiento le importa un demonio. Ocupa el terreno que puede, el que está más disponible [...] si es una barranca, una barranca, si es una colina, un lago o un río, lo tapan. Pero lo mismo hacen los ricos. Los ricos ocupan también laderas, que sería maravilloso dejar para la ecología. Tampoco a los ricos les importa ocupar un bosque. Eso quiere decir que ésta es una sociedad que en su conjunto se resiste a planear, al orden urbano. Entonces eso se expresa en ese desorden y caos que tenemos en nuestra sociedad. Porque la sociedad es así y la mexicana no es muy diferente de la norteamericana o de la europea, aunque para estos dos últimos existan más regulaciones. Pero también son sociedades que se resisten al planeamiento [...] La forma urbana que produce la sociedad en que vivimos es desordenada. Entonces todos esos intentos que hizo Pani, que hizo Yáñez, que hicimos muchos, no sirvieron para nada porque estaban en contra de esa vocación natural de la ciudad. Es decir, la sociedad a donde va no quiere planeamiento. No quiere ordenar la forma de la arquitectura urbana. Ni le importa ni la quiere. Por ahí anda la explicación.<sup>35</sup>

Sea de esto lo que fuere, al observar la confrontación cotidiana entre los proyectos modernizadores y los reclamos de justicia social, se hace necesaria la consulta del archivo de la memoria urbana colectiva para interpretar los sentidos de las acciones sociales y actuar en consecuencia.

Abraham Zabludovsky estaba en lo correcto cuando decía que una de las lecciones aprendidas de las utopías del movimiento moderno era que la arquitectura no podía cambiar a la sociedad.

Las utopías de los años veinte consideraban que, por su misma naturaleza, la arquitectura podía erradicar las contradicciones sociales. Los arquitectos de aquel entonces pensaban como los revolucionarios de la época y suponían que la historia los había elegido para transformar el mundo. Los arquitectos creían –y yo entre ellos– que el desempeño de su tarea acarrearía el gran cambio, la desaparición de las diferencias sociales. Eso no es posible, hoy, transcurridos 70 u 80 años, experimentamos una especie de vuelta al pasado. Quizás, y si es talentoso, lo único que el profesional puede hacer con el encargo que le dan es manejar el espacio mejor que otros arquitectos que no sean tan brillantes. Esto no significa que, por esa simple circunstancia, la persona que habite la construcción se enriquecerá más o será menos pobre;

---

<sup>35</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Teodoro González de León en la Ciudad de México, 17 de diciembre de 1999, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 22/6(1).



si acaso, vivirá un poco mejor, más cómoda, pero no modificará su estatus. Los cambios sociales responden a otras actividades que no tienen relación alguna con la arquitectura.<sup>36</sup>

Así pues, la arquitectura no puede cambiar al hombre ni a su medio. Por eso, González de León recomendaba desconfiar de las ciudades hechas por arquitectos y dejar esa tarea a la historia. En esa ocasión hablaba de las buenas intenciones de los arquitectos modernistas, pero reconocía los errores que habían cometido al tratar de crear nuevas ciudades con sus “manotas ordenadoras”.<sup>37</sup> Un urbanismo desde arriba siempre pierde porque, a juicio del arquitecto, estos proyectos invariablemente necesitan del autoritarismo para poderse hacer a pesar de que existe una sociedad que ya no quiere eso.<sup>38</sup>

En efecto, José Emilio Pacheco, como muchos habitantes de la Ciudad de México, la ha visto desaparecer y destruirse: ahora, a sus 70 años, y como tantos otros capitalinos, lamenta no poder caminarla (Cid de León, 2009). Urge entonces meditar y responder a los retos urbanos con la esperanza de que los habitantes, ahora extraviados en la inmensa confusión de una megaciudad, la reconozcan y, al hacerla suya, la vivan y puedan disfrutar de las alegrías esenciales de la vida, que tanto predicaba el arquitecto Le Corbusier: el sol, el espacio y lo verde.

## Bibliografía

- ALONSO, LUIS ENRIQUE  
2003 *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*, Fundamentos (colección Ciencias), Madrid, 2ª ed.
- CANAU, JOËL  
2006 *Antropología de la memoria*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- CID DE LEÓN, OSCAR  
2009 “¿Quién no piensa en la muerte?”, en *Reforma*, 19 de junio, México.
- CONAPO  
2007 *Proyecciones de Población 2007*, Consejo Nacional de Población, México.
- COOK, PAUL Y COLIN KIRKPATRICK  
1997 “Globalization, Regionalization and Third World Development”, en *Regional Studies*, vol. 31, núm. 1, pp. 55-66.
- DOSSE, FRANÇOIS  
2007 *El arte de la biografía: entre historia y ficción*, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, México.
- DUHAU, EMILIO Y ANGELA GIGLIA  
2008 *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco (UAM-A)/Siglo XXI Editores, México.
- EIBENSCHUTZ, ROBERTO  
1977 “Estructura y evolución de la Ciudad de México”, en *Arquitectura/México*, núm. 115, mayo-junio, pp. 130-143.
- FRASER, VALERIE  
2000 *Building in the New World. Studies in the Modern Architecture of Latin America 1930-1960*, Verso, Londres y Nueva York.
- GARAY, GRACIELA DE  
1978 “La arquitectura funcionalista en México (1932-1934): Juan Legarreta y Juan O’Gorman”, tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.  
2000 *Mario Pani. Investigación y entrevistas por Graciela de Garay*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Mora (Historia Oral de la Ciudad de México. Testimonios de sus Arquitectos, 1940-1990), México, 124 pp.
- GARCÍA RAMOS, DOMINGO  
1963 “Urbanismo”, en *Arquitectura/México*, año XXV, t. XX, septiembre, pp. 279-281.
- GARZA, GUSTAVO  
2000a “La megaciudad de México”, en Gustavo Garza (coord.), *La ciudad de México en el fin del segundo milenio*, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano-El Colegio de México/Gobierno del Distrito Federal, México, pp. 313-320.
- GARZA, GUSTAVO (COORD.)  
2000b *La ciudad de México en el fin del segundo milenio*, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano-El Colegio de México/Gobierno del Distrito Federal, México.
- GUILLÉN, MAURO F.  
2004 “Modernism without Modernity: The Rise of Modernist Architecture in Mexico, Brazil and Argentina, 1890-1940”, en *Latin American Research Review*, núm. 2, vol. 39, pp. 6-32.
- GUTIÉRREZ, RAMÓN  
1998 “Arquitectura latinoamericana. Haciendo camino al andar”, en Ramón Gutiérrez (coord.), *Arquitectura latinoamericana en el siglo xx*, Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana/Ediciones JacaBook/Lunwerg Editores, Milán y Barcelona, pp. 19-36.
- GUTIÉRREZ CHAPARRO, JUAN JOSÉ  
2009 “Planeación urbana en México: un análisis crítico sobre su proceso de evolución”, en *Urbano*, vol. 12, núm. 19, mayo, pp. 52-63.
- IBARROLA, ANTONIO  
1963 “Arquitectura escolar mexicana de 1938-1963”, en *Arquitectura/México*, núm. 83, septiembre, pp. 183-190.

<sup>36</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Abraham Zabludovsky en la Ciudad de México, 13 de febrero de 1991, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/7(1).

<sup>37</sup> Entrevistas al arquitecto Teodoro González de León realizadas por Graciela de Garay en la Ciudad de México, 5 de marzo de 1992, Instituto Mora, PHO 11/10(5) y 19 de marzo de 1992, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/10(7).

<sup>38</sup> Entrevista de Graciela de Garay al arquitecto Teodoro González de León en la Ciudad de México, 17 de diciembre de 1999, Instituto Mora, PHO 22/6(1).

- INEGI  
1995 *Marco Geoestadístico*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.
- JIMÉNEZ DE BÁEZ, YVETTE, DIANA MORÁN  
Y EDITH NEGRÍN  
1979 *Ficción e historia: la narrativa de José Emilio Pacheco*, El Colegio de México, México.
- JIMÉNEZ MUÑOZ, JORGE H.  
1993 *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal de sus orígenes a la desaparición del ayuntamiento (1824-1928)*, Dédalo/Codex Editores, México.
- LO, FU-CHEN Y YUE-MAN YEUNG  
1998 "Introduction", en Fu-Chen Lo y Yue-Man Yeung (comps.), *Globalization and the World of Large Cities*, United Nations University Press, Tokio.
- MONTANER, JOSEP MARÍA  
2008 "El derecho a la memoria", en *El País*, 6 de septiembre.
- MORAL, ENRIQUE DEL  
1956 "Villagrán García y la evolución de nuestra arquitectura", en *Arquitectura*, t. XII, septiembre, pp. 131-132.
- NAVIA, PATRICIO Y MARC ZIMMERMAN (COORDS.)  
2004 *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo[des] orden mundial*, Siglo XXI Editores, México.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO  
1986 *Morirás lejos*, Joaquín Mortiz/Dirección General de Publicaciones y Medios-Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas, 65), México [1967].
- PORTELLI, ALESSANDRO  
1988 "Peculiaridades de la historia oral", en *Christus*, año 3, núm. 616, pp. 35-44.
- RÍOS GARZA, CARLOS, J. VÍCTOR ARIAS MONTES  
Y GERARDO G. SÁNCHEZ RUIZ  
2001 *Pláticas sobre arquitectura. México 1933*, Facultad de Arquitectura-UNAM/UAM-A (Raíces 1, Documentos para la Historia de la Arquitectura Mexicana), México.
- ROBINA, RICARDO DE  
1963 "25 años de arquitectura en México", en *Arquitectura/México*, año XXV, t. XX, septiembre, pp. 137-167.
- RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, IDA, OLGA SÁENZ  
Y ELIZABETH FUENTES ROJAS  
1983 *La palabra de Juan O'Gorman: selección de textos*, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM (Textos de Humanidades 37), México.
- SAMUEL, RAPHAEL  
Y PAUL THOMPSON  
1993 "Introduction", en Raphael Samuel y Paul Thompson (comps.), *The Myths we live by*, Routledge, Londres, pp. 1-22.
- SÁNCHEZ RUIZ, GERARDO  
2002 *Planificación y urbanismo de la Revolución Mexicana. Los sustentos de una nueva modernidad en la Ciudad de México, 1917-1940*, UAM-A/Asamblea Legislativa del Distrito Federal, II Legislatura, México.
- 2006 "La modernidad urbana en México. Fuentes teóricas y prácticas de la primera mitad del siglo xx", en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 64, enero-abril, pp. 81-108.
- SARLO, BEATRIZ  
2006 *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Siglo XXI Editores, México.